

LA FASCINACIÓN DE ANITA

Nunca me voy a olvidar de esas vacaciones. Venían bien, como todos los años, días plácidos de playa, las horas de la siesta repartidas entre bicicletas y ese aburrimiento laxo que te lleva a las charlas y los juegos más impensados con los chicos de la cuadra. Todo normal hasta aquella vez.

La noche anterior había habido tormenta después de unos días de mucho calor. A la mañana la lluvia había parado y mi hermana y yo habíamos decidido ver el paso de la tormenta por la playa. La casa estaba prácticamente sobre la playa, de modo que era algo usual que saliéramos solas.

Había mucha humedad y bastante viento. Era ese clima caliente que queda después de las tormentas de verano que anuncia más agua. Costaba ver unos metros más allá por la neblina.

No sé cuánto tiempo habremos caminado, tenía la sensación que nos habíamos alejado bastante de la zona conocida donde papá clavaba diariamente la sombrilla –como marcando el terreno-; claro que como eran playas algo agrestes no había balnearios con carpas, y el habitual barcito y los pocos referentes con los que los chicos nos podíamos guiar no estaban. En una palabra: la playa estaba absolutamente desierta. Yo estaba algo desorientada, pero no me preocupaba porque estábamos de lo más entretenidas examinando bichos extraños semimuertos, estrellas de mar, algún pez reventado, piedras raras, caracoles. Esas cosas que te gusta encontrar cuando tenés entre siete y diez años, como Ana y yo.

En un momento mi hermana dijo, mirando al fondo, hacia los médanos ¿qué hay ahí arriba? No sé, le dije ocupada en estirarle las patas al cadáver de un cangrejo. Voy a ver, dijo y comenzó a correr hacia los médanos. No le di importancia y cuando levanté la cabeza se veía su cuerpo desdibujado por la neblina.

Anita volvé, le grité cuando me di cuenta que ya no estaba cerca de mí. Miré y me costaba encontrarla hasta que vi su silueta parada. Me respondió algo que no alcancé a escuchar seguramente por la ventolina que revolcaba su voz hacia otros lados.

Pará Ana, insistí corriendo hacia donde estaba. No sé si me escuchó o no, pero siguió su camino.

Avancé hasta alcanzarla. Estaba a unos cuantos metros de eso. Y digo “eso” porque cuando quise explicarles a mis padres lo que era, me resultaba muy difícil. Refregué varias veces los ojos para tratar de ver con más claridad hasta que lo tuve ahí: sentado sobre el médano, rodeado de latas, alguna caja de pizza y otros trastos indigentes. A manera de sombrilla había clavado un paraguas negro, destartado, a los costados había unos palos clavados en la arena que sostenían un toldo hecho con bolsas de plástico, otras ramas con unos trapos colgados que el viento convertía en algo así como estandartes de la miseria. Debajo del paraguas se veía un bulto grande que a medida que me acercaba se transformaba en una figura humana.

Pero había algo más que al principio no pude identificar que hacía a esa persona más impresionante aún.

-Volaba- le dije a mi papá cuando tuve que explicarle.

-No entiendo –me respondió asustado por mi susto- ¿cómo que volaba?

-Sí, estaba sentado en el aire, flotaba como los de esas religiones raras...

Ya pasados muchos años recuerdo aquella escena y veo a esa persona (que la neblina y la miseria impedían precisar el sexo) rodeada de gaviotas y palomas que se posaban

sobre sus hombros, sus brazos y cabeza, que agitaban sus alas de tal modo que parecían levantarla del suelo, como suspendiéndola en el aire.

Vení, -decía el ciruja con una voz ronca y verdosa que no era de ningún sexo- vení a darle de comer a los pajaritos. Y Anita iba, encandilada por esa silueta ingrávida y parda que levantaban los pájaros.

¡Ana no vayas! ¡vení para acá o le cuento a papá! amenazaba yo inútilmente. Pero Ana no vino.

Viéndolo desde ahora, yo tendría que haber ido hasta allí y agarrarla de un brazo para irnos. Pero no pude, tuve miedo.

Me acuerdo que salí corriendo, que me perdí y di no sé cuántas vueltas hasta encontrar el camino a casa. Llegué medio loca, lastimada por las caídas que había tenido. Quería explicar lo que había pasado y en lugar de palabras me salían sollozos, jirones de gritos, palabras sueltas.

Al rato vino la policía. ¿Dónde estaba Ana? ¿Era un hombre o una mujer? ¿Qué hacía? ¿Qué decía? No sé, era lo único que podía contestar. Estuvieron toda la tarde y bastante pasada la noche buscándola. Nada. Dijeron que continuarían rastreándola al día siguiente con refuerzos de la policía marítima.

Mi casa ya era un velorio. Nadie decía nada, todos pensábamos lo peor.

Al día siguiente, cuando mamá abrió la puerta para salir encontró a Anita tirada en la puerta de la casa dormida -o desmayada-, sucia, con la ropa húmeda y rota.

La llevaron urgente al hospital. Fuera de un enfriamiento considerable y un fuerte shock emocional -dijeron los médicos- estaba bien. Por ahora nada de preguntas, solo dejar que la nena hable, ordenaron.

Al día siguiente, después de dormir por horas, Ana se despertó, comió, se bañó y volvió a dormir. Todo el mundo hablaba en voz bajita, caminaban en puntas de pie. Y ella seguía durmiendo. Al despertarse volvió a comer y esta vez se quedó despierta en la cama jugando. Yo la miraba y me parecía que todos sus movimientos eran más lentos de lo normal, como en cámara lenta. Estaba ojerosa, se la veía cansada, tenía el entrecejo arrugado. Los grandes la miraban, la mimaban y, como no le podían preguntar nada, le decían boludeces: cómo te sentís, a ver si tenés temperatura, querés comer, querés dormir...

De pronto se puso a cantar: *Pajarito, pajarito/ tu que vuelas más allá del bien y del mal/ llévame oh pajarito/quiero ir con vos, pajarito/llévame más allá del bien y del mal, pajarito...* una canción que jamás había escuchado.

-Qué linda canción -mintió mi mamá-, ¿quién te la enseñó? - embistió intentando disimular su gigantesca ansiedad.

-Me la enseñó el de las gaviotas- contestó seria.

-¿Quién?- insistió mamá.

Anita no respondió y volvió con su canto. La miré y me dio la sensación de que parecía una nena envejecida, como si hubiese visto demasiadas cosas a sus siete años.

Patricia Yohai